Miguel Hernández, personaje dramático

Mariano de Paco
Universidad de Murcia

Al cumplirse los cincuenta años del nacimiento de Miguel Hernández, cuyo centenario ahora celebramos, Buero Vallejo publicó el artículo «Un poema y un recuerdo»,[1] en el que se refería al «heroico Miguel» y en el que afirmaba que «el hombre no era inferior al poeta». En realidad, uno y otro, hombre y poeta, han ido unidos como en pocos casos y así sucede en los textos dramáticos de los que él es protagonista y a los que voy a referirme. Pero antes me permitiré también un recuerdo personal. Concluía Buero su emotivo escrito diciendo que, cuando visitó «su pobre tumba», hizo suyos «sus versos a otro muerto querido»:

> Quiero minar la tierra hasta encontrarte
> y besarte la noble calavera
> y desamordazarte y regresarte...

Muchos años después, el destino hizo que yo leyese esos y los demás de la gran «Elegía» a Ramón Sijé en el Cementerio de la Paz de Tres Cantos ante la sepultura a la que iba descendiendo el

---

[1] Antonio Buero Vallejo, «Un poema y un recuerdo», *Ínsula*, 168, noviembre de 1960, págs. 1 y 17. Reproducido en *Obra Completa*, II. *Poesía. Narrativa. Ensayos y Artículos*, edición crítica de Luis Iglesias Feijoo y Mariano de Paco, Madrid, Espasa Calpe, 1994, págs. 917-921.

cuerpo de mi admirado amigo Antonio Buero Vallejo, el autor de la imagen más conocida del poeta de Orihuela, el dibujo realizado en la prisión de Conde de Toreno y firmado el 25 de enero de 1940. Precisamente a Miguel dedicó Buero uno de sus escasos poemas, «Dos dibujos»,[2] recogido en nuestro *Estudios sobre Miguel Hernández* en 1992,[3] en el que algunos versos rememoraban esa ocasión:

Alentabas, vivías.
Sonreías a veces
sentado en el petate
e iban naciendo rasgos de mi mano.

Otros señalaban en tono profundo lo que muchas veces Buero Vallejo comentó con saludable humor:

Acaso me recuerden vagamente
sólo por el retrato que te hice.
Eso te deberé, eso te debo.

En otras ocasiones, me he ocupado de Federico García Lorca como personaje dramático; él es, muy posiblemente, el creador español que más se ha convertido en figura literaria desde el mismo momento de su muerte, cantada por poetas de dentro y fuera de España desde «El crimen fue en Granada» de Antonio Machado. En el teatro ha sido menos frecuente su tratamiento que en poesía pero contamos con más de una quincena de textos en los que él es personaje central; además, la celebración del centenario de su muerte favoreció la proliferación de espectáculos, conciertos y recitales en torno al poeta y dramaturgo, meritorios a veces, de los que no cesan de aparecer nuevas muestras.[4]

---

2 Antonio Buero Vallejo, «Dos dibujos», en *Homenaje a Miguel Hernández del Partido Socialista Popular*, Madrid, Comisión de Arte y Cultura del PSP, 1978, págs. 25-27. Reproducido en *Obra Completa*, II. *Poesía. Narrativa. Ensayos y Artículos*, cit., págs. 30-34.

3 Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco (eds.), *Estudios sobre Miguel Hernández*, Murcia, Universidad, 1992, págs. 39-43.

4 Vid. Mariano de Paco, «García Lorca, personaje dramático», *Monteagudo*, 3, 1998, págs. 117-128; y «*Víznar*, de José María Camps: Condena, pasión y muerte de Federico García Lorca», en Manuel Aznar Soler, ed., *El exilio teatral republicano de 1939*, Sant Cugat del Vallès, GEXEL, 1999, págs. 247-255.

Miguel Hernández ha sido objeto también de muy amplia atención poética, como es sabido y en varios estudios de este mismo volumen puede comprobarse. Varios de esos poemas constituyen en sus versos auténticos retratos o etopeyas; en definitiva, recrean la imagen de Miguel; a esos casos aludo ahora, no a los que simplemente lo homenajean o a él están dedicados. Curioso ejemplo de aquel trato es el folleto *Buero... Hernández... Yo: una carta, una canción, cinco poemas*,[5] más valioso que por su calidad por ser apenas conocido y por su singular composición. Tampoco falta su presencia en los géneros narrativo y televisivo, pero me propongo detenerme en el ámbito de la escena, mayor que en éstos últimos pero mucho menor que en el terreno poético.

Sólo por amor odiado

En 1986 un escritor nacido en Orihuela, Jósant Ferrándiz Hernández, escribió *Sólo por amor odiado*, titulándolo muy significativamente con un verso del poema «Antes del odio», de *Cancionero y romancero de ausencias*. Este texto (antes llamado simbólicamente *Las naranjas de Miguel* como modo de referirse a su enraizamiento en la naturaleza) fue, en 1989, finalista del Premio Ciudad de Segovia y permanece inédito.[6] Su autor, en el que se advierte el afecto por la persona y la admiración por su obra, lo concibe como una «Memoria poética en dos partes y un Monumento» compuesta «después de entrevistar en Elche a Josefina Manresa, viuda de Miguel Hernández, justo un año antes de que falleciera, y después de varias conversaciones con Antonio Buero Vallejo y de recibir una carta suya donde describía cómo se hizo el famoso retrato a lápiz en la entonces cárcel Conde de Toreno de Madrid».

---

[5] Miguel Gámez Quintana, *Buero... Hernández... Yo: una carta, una canción, cinco poemas*, Madrid, 1976. Publicado por el autor, éste se dirige en una carta a Miguel «más que para contarte cosas, para rememorártelas, pues sé que tú las presentías, las sabías, si no vividas, temidas...». En sus ingenuos pero sentidos versos se une él mismo al admirado poeta cabrero al que el dramaturgo tuvo la suerte de retratar. Estos cuatro del primer poema resumen bien contenido e intención: «Buero Vallejo y Hernández, / una y otra sola España, / por la que ofrezco mis versos, / mi tristeza... mi esperanza».

[6] Agradezco al autor que me haya facilitado una copia mecanografiada del texto, por la que cito.

La primera parte dramatiza la vida del poeta hasta la guerra civil; en la segunda, se hace lo mismo en su paso por distintas celdas hasta el traslado a la enfermería del Reformatorio de Adultos de Alicante durante sus postreros días. Como coda o epílogo, el «Monumento» conecta con la actualidad al situarse el espacio escénico en el Parque del Oeste para la inauguración del ofrecido por «Madrid a Miguel Hernández» en marzo de 1985.

El inicio de la acción tiene lugar en un tren que marcha hacia Madrid en noviembre de 1931. Miguel realiza su primer viaje a la capital y en él se encuentra con dos personajes concebidos por Ferrándiz: Ácrates y Lisardo, un pintor utópico de Murcia y un sacerdote oriolano «desterrado» por sus ideas, que, de distintas formas, aparecen a lo largo de todo el texto y completan desde el punto de vista personal la historia de las andanzas del poeta. El viaje manifiesta el tránsito de estos tres jóvenes desposeídos de bienes materiales pero con un mismo exaltado ideal, expresado de maneras diferentes, a los que sus ciudades de origen «se les han quedado pequeñas».

El dramaturgo comienza aquí con lo que será una constante de toda la pieza: la abundante presencia de textos de Miguel (cuyo origen se identifica siempre en nota a pie de página) que pertenecen a distintos momentos de su producción poética, con total libertad organizativa respecto al tiempo de su escritura y pleno acomodo a los instantes del desarrollo de la acción. En este primer cuadro, Miguel dice ya los versos que resumen el sentido de la obra y sirven para denominarla: «Sólo por amor odiado / sólo por amor», expresa sus preferencias por la escritura por encima de todo pero, eso sí, con los tres temas poéticos que en ella serán siempre capitales, amor, muerte y vida:

> Llegó con tres heridas:
> la del amor,
> la de la muerte,
> la de la vida.

El segundo cuadro, llamado «Calle Velintonia», tiene lugar «en un día primaveral madrileño de marzo de 1934» en el que Miguel ha vuelto a Madrid y llega a la casa de Vicente Aleixandre cargado de nuevo con un saco de naranjas. Lo acompañan hasta la puerta sus amigos, con los que hubo de comerse, por la necesidad

que impone el hambre, los frutos del anterior. El autor condensa, con cierta libertad temporal, el encuentro con Aleixandre y Neruda, que están juntos, acogen al poeta y se proponen protegerlo. Entre las palabras destacables que el autor entrevera hábilmente en el texto, puede recordarse que, al final del cuadro, a la confidencial frase de Neruda: «España está sobre un volcán que tal vez la parta en dos», responde Miguel proféticamente que su amor ciego hacia el pueblo «acabará buscándome la muerte»; prevé lo que quizá le sobrevenga pero él será «sólo por amor odiado / sólo por amor».

Los dos poetas llevan al joven pastor en el cuadro tercero al «Café Gijón», donde se hallan «Federico, Gerardo, Dámaso, Rafael, Jorge, Pedro, y Luis», reunidos en una tertulia en la que se habla principalmente de poesía. Miguel es bien recibido y sus naranjas consumidas festivamente. El autor introduce, en apretada síntesis dramática, cuestiones que van desde las quejas de Miguel por la fría acogida a *Perito en lunas* hasta la «independización» de Sijé que Neruda casi le exige. El cuadro concluye con Lorca entonando una canción de su *Poema del cante jondo* que él mismo acompaña con una guitarra.

Si este cuadro condensa los años anteriores a la guerra civil, el siguiente, «Trinchera», lo hace muy libremente con los de la contienda. Miguel y sus amigos Ácrates y Lisardo, vestidos de milicianos del Quinto Regimiento, cavan una trinchera en el frente de la Ciudad Universitaria (cerca del actual Parque del Oeste, en el que se levanta hoy su «Monumento»). Es una tarde de los últimos días de septiembre de 1936 y, detrás de los sacos amontonados, se divisa «un bello paisaje mezclado de azules cielos y lejanos y frondosos pinos» que la desolación que los rodea no puede ocultar. El poeta se ha enamorado de Madrid y los versos que recita de «Fuerza del Manzanares» lo demuestran, pero continúa su nostalgia de Orihuela, donde tiene a su «casi esposa», y declama el poema «Tristes guerras / si no es amor la empresa», porque «mi único fusil es la palabra». Allí dice versos de la «Elegía» a Federico García Lorca y del poema «Sonreídme». Si el cuadro empezó con los de «Fuerza del Manzanares», concluye con otros también de *Viento del pueblo*:

> Hombres que entre las raíces,
> como raíces gallardas,

vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.

La parte segunda se desarrolla en las celdas de cuatro prisiones (el espacio va sufriendo leves mutaciones que dan idea de que son distintas pero, en el fondo, se trata de la misma): Torrijos, Conde de Toreno, Reformatorio de Adultos de Alicante y Enfermería de éste. En la primera (12 de septiembre de 1939) se recuerda el episodio de la huida a Portugal que es el centro de *Miguel Hernández, prisionero en Rosal*, obra de la que nos ocuparemos después. En este cuadro se refieren las gestiones para su liberación, aunque Miguel insiste en su inocencia, puesto que cree que lo único que ha hecho es ponerse de parte del pueblo y «Mi fusil siempre ha sido el lápiz». La segunda (23 de julio de 1940) está protagonizada por el retrato que en escena realiza Buero Vallejo (que, aunque en la realidad del tiempo aún no ha pensado escribir teatro, se refiere a distintos títulos de su futuro). Entre tanto, le hace confidencias de lo que ha ocurrido antes (visita a Orihuela y cárcel en el Seminario, conmutación de la pena de muerte, prueba de cargo de su *Teatro en la guerra*...), y de ideas que lo persiguen (desde su vocación teatral a una tremenda pregunta: «¿Cómo creer en ese dios que consagra la dictadura y que encarcela a inocentes por el solo hecho de pensar de otro modo?»). En el Reformatorio de Alicante (4 de marzo de 1942) se encuentra, ya muy enfermo, con Josefina, patéticamente separados por una reja; y se rebela contra las presiones y coacciones para que se case, «legalmente», por la iglesia, lo que, al final, se ve obligado a aceptar. Hay un constante recitar de versos por el poeta, sobre todo de *Poemas últimos* y *Cancionero*... En la enfermería del Reformatorio tiene lugar la trágica conclusión de la vida de Miguel, de cuya voz moribunda se oyen nuevamente versos del poema «Antes del odio»: «Sólo por amor odiado / sólo por amor».

El «Monumento», como apuntamos, cierra esta sugestiva obra con la inauguración en el madrileño Parque del Oeste, el 30 de marzo de 1985, del dedicado a Miguel Hernández, símbolo de reparación y concordia. Junto a los ficticios Ácrates y Lisardo,

aparecen personajes del momento esperando la llegada del alcalde Enrique Tierno Galván. Pero entre los fastos queda en el receptor la contradictoria sensación de que, a pesar de ellos y de la amnistía, no existe un verdadero cambio de mentalidad, como deja ver el diálogo entre los dos amigos compañeros de penas e ideales de Miguel.

Compañero del alma

Poco después de la escritura de *Sólo por amor odiado* se produjo la de *Compañero del alma*[7], que, con características distintas, coincide con aquella en puntos esenciales, sobre todo en la encendida admiración por Miguel, en la fusión de su existencia y de su producción, en el intento de una visión global de ambas y en la búsqueda de testimonios de quienes convivieron con el poeta.[8]

Esta pieza, firmada por Villanueva Cosse y Adriana Genta fue estrenada en el Teatro de la Campana de Buenos Aires el 8 de septiembre de 1988 y en el Teatro El Galpón de Montevideo el 24 de agosto de 1989 y premiada en el Concurso Internacional «Tres Países» (Argentina, Chile y Uruguay). Televisión Española la filmó y la emitió en el ciclo «Iberoamérica y su teatro» en febrero de 1990. Está basada, según se indica en la edición, «en una investigación biográfica realizada por Adriana Genta, en España, en 1980. En esa oportunidad, familiares, compañeros (de letras, guerra y cárcel), amigos y vecinos de Miguel Hernández brindaron sus testimonios generosos. Por eso nuestro recuerdo a Josefina, Antonio Buero Vallejo, Florentino Hernández Girbal, Vicente González Gil, Luis Fabregat Terrés, Vicente Ramos, Concepción Hernández, Tomás López Galindo, Ana María Estévez, Manuel Terrés y Manuel Serna Leonés».

---

7 El título proviene, como es claro, de la primera y última estrofas de la «Elegía» a Ramón Sijé.

8 Villanueva Cosse-Adriana Genta, *Compañero del alma*, Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1992. Prólogo de Helena García de la Mata. Agradezco a Francisco Javier Díez de Revenga y al personal técnico de la Fundación Cultural Miguel Hernández que me hayan facilitado copia del texto, por el que citamos.

La fidelidad a sus palabras determina la coexistencia de dos planos temporales: el de los personajes-testigos que dan al autor datos acerca de Miguel y el real-pasado de los hechos rememorados. Por ello, Josefina Manresa se recrea por medio de dos figuras diferentes: «Josefina Joven, novia y esposa del poeta y Josefina del recuerdo, su viuda». Los demás interlocutores están representados con la edad en la que suministran su información y no con la que tenían durante lo recordado en la misma. No tiene el texto divisiones y comienza, evidenciando esos dos planos, con la presencia escénica de una mujer mayor, vestida de luto, concentrada en la costura, Josefina del Recuerdo; y una mujer también enlutada pero de mucha menor edad, Josefina Joven, «a pocos años de la muerte del poeta», evocada por la aparición de El Escritor, que porta un rudimentario caballo de juguete «hecho de género y estopa».[9] Lo toma ella junto a su pecho y, mientras sale, comienza a oírse el himno de un equipo de fútbol, La Repartidora, compuesto por Miguel, aclamado ya en su juventud como «El Poeta de Orihuela».[10]

Los sucesos biográficos se entrelazan con los testimonios, en este caso de sus amigos, Manuel Serna, Manolo Terrés y Ana María Estévez. Miguel Abad se presenta con el Grupo de la Panadería y se superpone la acción en 1941 con la petición a Monseñor Almarcha para que intervenga en auxilio del poeta encarcelado. Carmen Conde habla de la tertulia de la Panadería y a sus palabras sigue la visión escenificada de la misma, con especial énfasis en Ramón Sijé, a quien Miguel le manifiesta su situación al margen de unos y otros: «Entre los pastores soy un tonto que hace versos y soy un cabrero entre tus amigos los poetas» (pág. 21). Enlaza esto con el primer viaje a la capital, su carta a Juan Ramón Jimé-

---

9 «En lo referente al lenguaje, éste apunta a crear la ilusión del español, pero se han hecho algunas modificaciones de vocabulario y sintaxis para facilitar la comprensión y evitar que resulte demasiado distanciado de nuestro español rioplatense» (pág. 12),

10 Como una muestra de los hallazgos teatrales de este texto quiero señalar que, mientras Miguel es llevado en andas y vitoreado, la imagen pierde sonido y comienza a oírse cantado el bello poema de José Agustín Goytisolo «Historia conocida»: «Hace tiempo hubo un hombre entre nosotros, / alegre, iluminado, / que amó, vivió y cantaba hasta en la muerte / libre como los pájaros [...] Nace, escribe, / Muere desamparado». Al concluir, comienza el partido pero ya se ha establecido el trágico contraste entre estos momentos felices y el presagio del triste futuro.

nez («Abandonaré las cabras y [...] tomaré el tren para Madrid») y la relación con García Lorca, presentado muy teatralmente como un «autor-director-titiritero» que habla a Miguel mientras representa con su «teatro ambulante» de títeres el *Retablillo de don Cristóbal y doña Rosita*.

La vinculación teatral de los autores se hace especialmente visible en algunas escenas, como la que sigue, en Orihuela, del Coro de Costureras que enmarca la relación de las dos Josefinas con Miguel, con dinámicas intervenciones sobre su trabajo unidas a los versos que él dirige a la esquiva amada. Del mismo modo, se escenifica la aproximación a los poetas Neruda y Aleixandre y la separación de Sijé (dramatizando la conocida carta de éste de mayo de 1935 y la de Miguel a Juan Guerrero en el mes de junio); y, como era de esperar, la «Elegía» al amigo muerto puesta en boca de un Miguel «desesperado» y de un Coro, mientras «el pueblo de Orihuela levanta a Ramón Sijé. Los que no lo hacen tratan de verlo, tocar el cuerpo, seguir la solemne procesión» (pág. 40). Se produce entonces un fundido en el que se mezclan tiempos y situaciones[11] y se presenta una atractiva escena en la que el enfrentamiento de «fascistas» y «rojos» se advierte por medio de la perspectiva de los niños que juegan a saltar a la cuerda (págs. 41 ss.), lo que da paso a una irrupción de «partes republicanas y nacionales» y Miguel y Josefina Joven recitan alternadamente (lo que implica a ambos puesto que se ha producido un cambio entre ellos) el soneto de *Imagen de tu huella* «Mis ojos, sin tus ojos, no son ojos...».

De ahí se pasa a la guerra, con variación entre quienes van a ella, los familiares que quieren evitarlo (como en *Pastor de la muerte*, con la canción «Déjame que me vaya, / madre, a la guerra...»), los niños que «juegan» a luchar, las palabras de los escritores (Vicente Aleixandre, Carmen Conde, Pablo Neruda...) y los recuerdos de Josefina acerca de su boda y maternidad.

---

[11] Al término de la «Elegía» una acotación señala: «El pueblo de rodillas cubre el cuerpo de Sijé. La luz se extingue. Al volver revela un grupo similar a aquel que rodeó el cuerpo del amigo muerto. Sentimientos encontrados (compasión, horror, asco...) van disgregando el coro. Una sirena de alarma antiaérea comienza su aullido. Quedan dos mujeres y tres hombres que empiezan, lentamente, a juguetear con el cadáver. Este ya no es el de Sijé. El movimiento se anima. Son niños jugando» (pág. 41).

«La Voz de la Radio», que difunde el «Parte oficial» que el 1º de abril de 1939 declaraba el final de la guerra, y el canto por los vencedores del «Cara al sol» nos introduce en las escenas de cárcel; primero con un encuentro Miguel-Josefina, en el que ella muestra sus penurias y sus miedos, y Miguel, su soledad y su esperanza. La comida que le brinda un grupo de presos en el Penal de Ocaña alivia unos momentos la tristeza que pronto se reanuda con versos y sucesos. Miguel, ya enfermo, se dirige a Josefina, que lleva de la mano a su hijo. Quiere el padre darle el caballo que le ha hecho, como le da sus versos, pero no le permiten hacerlo él mismo sino que ha de ser a través del guardia. A pesar de que no le abandona la esperanza («Tomaré la [postura] de la esperanza, que no se pierde nunca»), su existencia se va degradando en tanto que obsesivamente piensa en su hijo. En la enfermería se recrea el episodio de la boda con una «última fantasía» en la que, arropados por «una música suave», entran los invitados y rodean «la cama donde yace Miguel, con Josefina Joven arrodillada a su lado».

Muere Miguel con Josefina junto a él y entran, en una vibrante y trágica escena, El Escritor y los personajes haciendo restallar «con el pulso de un corazón» unas varas de mimbre «como aquella con que Miguel azotaba el aire cuando clamaba por escribir versos»; todos cantan unos de *Viento del pueblo*:

> Si me muero, que me muera
> con la cabeza muy alta ...,

dando fin a esta sentida recreación de quien, como él llamara a Sijé, se ha convertido en «compañero del alma».

Miguel Hernández prisionero en Rosal

Son hechos bien conocido en la biografía del poeta que, al finalizar la guerra civil, Miguel Hernández marcha hacia Orihuela y, ante la inseguridad que allí siente, intenta buscar refugio en Madrid, Sevilla y Cádiz pero una cadena de contratiempos (tan habituales para él, por otra parte) lo llevan a intentar salvarse en Portugal. El 29 de abril de 1939 pasa por Rosal de la Frontera y consigue llegar al país vecino; es denunciado por la persona a la

que intenta vender el valioso reloj que le regaló Vicente Aleixandre con motivo de su boda para poder sustentarse y seguir su camino; devuelto a España por la policía, es retenido en la cárcel de Rosal, donde lo identifica un guardia civil paisano suyo, que lo acusa, entre otras cosas, de ser uno de los asesinos de José Antonio Primo de Rivera. Fue tratado con gran dureza los tres días que allí permaneció antes de llegar a las prisiones de Huelva y Sevilla, hasta ser ingresado en la de Madrid el 15 de mayo.

Estos sucesos son dramatizados por Augusto Thassio, con brevedad y sencillez, en *Miguel Hernández prisionero en Rosal*,[12] para el homenaje que se rindió al poeta en Rosal de la Frontera (por este pueblo y el portugués de Vila Verde de Ficalho) con motivo de la conversión de la cárcel en la que estuvo encerrado en la «Casa de Cultura Miguel Hernández». Francisco Esteve, testigo del acto, indica en su Prólogo al texto que la lectura de los versos de Miguel por un grupo de escolares «cobraba un nuevo sentido. Escuchar aquellos poemas de libertad, junto a la antigua prisión donde inició Miguel Hernández su calvario de cárceles, representaba una reaparición histórica de gran contenido simbólico» (pág. 9).

El texto se abre con unos versos del poema «Las cárceles», de *El hombre acecha*:

> Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero.
> Ata duro a ese hombre: no le atarás el alma.
> Son muchas llaves, muchos cerrojos, injusticias:
> no le atarás el alma.

Sigue una breve escena-prólogo en la que un grupo de jóvenes con «túnicas de colores térreos y verdes, simulando piedras y árboles de la sierra» personifican sus espíritus (de La Sierra, La Encina, El Alcornoque, La Jara, La Paloma, El Romero, La Ribera, El Olivo, El Aire...) como abstracciones de seres que son libres y defienden la independencia. La Ribera, por ejemplo, afirma:

---

[12] Augusto Thassio, *Miguel Hernández prisionero en Rosal*, Sevilla, Alfar-Diputación de Huelva, 1995. Prólogo («Miguel Hernández, poeta de la libertad») de Francisco Esteve. Citamos por esta edición.

> Soy la ribera del Chanza y, nacida en Cortegana, voy buscando al Guadiana por Rosal y Portugal... Me han puesto de frontera, para que no deje cruzar y ahogue entre mis aguas a los que intenten pasar. Sin embargo, algunas veces me seco y así me pueden cruzar los huidos, los perseguidos, los contrabandistas y los guardias sin que lo pueda evitar. Una de mis orillas es española y la otra portuguesa, y a las dos quiero y baño sin ninguna diferencia. Un día me cruzó un poeta... (pág. 20)

Aparecen entonces el Narrador y el Poeta, con su maleta de cartón, que van contraponiendo las informaciones del primero («Estamos en el 1939. Es primavera y acaba de terminar la sangrienta Guerra Civil Española...») con el personal lenguaje poético del segundo («¿Cuándo dejarás, árbol, de sostener, buey manso, el yugo que te imponen clima, raíces, hombres, para crecer atento sólo al silbo del cielo?», pág. 21). Como al comienzo la canción «Miguel, Miguel», se oye ahora la de «Los ojos de Josefina» mientras Miguel cruza la frontera y tiene lugar la escena con el Portugués, con el que apenas puede comunicarse a causa de sus distintos idiomas, y que al final lo delata y se queda con el reloj.

Tras una breve intervención simbólica de La Sierra, La Ribera y El Aire, suena la canción «Viejo amigo cantor» y se desarrolla la escena del interrogatorio por la guardia civil con la malévola intervención de su paisano. El poeta se expresa con líricas imágenes y los guardianes se manifiestan con aspereza, tejiendo falsas acusaciones y maltratándolo con crueldad. La canción «Cárcel» nos introduce en la celda donde Miguel coincide con Francisco, Prisionero en el que encuentra amistad y al que confiesa que su culpa ha sido «querer ser toro y no buey y pretender que nuestros niños no continúen por más tiempo predestinados al yunque...» (pág. 38).

La canción final, «Manuela», está dedicada a la esposa del Prisionero, que le ayuda al salir de la cárcel camino de Huelva con lo poco que tiene. A ella le señala su esperanza inalcanzada: «¡Muy pronto seré libre, Manuela!», deseo imposible para Miguel pero realizable para el público, como muy emotiva y didácticamente, a tono con la celebración, señalan La Ribera, El Aire y La Sierra: formar «de la libertad el más real de los sueños» en tanto que «la luz

blanca se hace tan intensa que deslumbra a los espectadores» (pág. 51).

Quiero referirme para concluir a dos espectáculos que homenajean a Miguel Hernández y acaban de presentarse, por lo que no he tenido ocasión de verlos y de los que sólo tengo noticias. El grupo de teatro «Maracaibo» estrenó el 10 de octubre de 2009 en el Centro de Cultura Contemporánea L'Escorxador, de Elche, *El Palomar de las Cartas*, una función que une el teatro, la danza y la música en directo. El espectáculo quiere ser un íntimo acercamiento a la escritura y a la imagen del poeta, dramatizando su personalidad combativa y los sinsabores de la vida española anterior a la guerra civil. Se parte de la figura de Josefina Manresa, que, a través de sus recuerdos, ejerce de hilo conductor de la pieza, en la que se representan fragmentos del libro *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, algunos de sus poemas y retazos de las cartas escritas a su mujer desde la cárcel.

El día 30 del mismo mes se estrenó en el Teatro Barakaldo *Versos presos*, interpretado por Gorka Mínguez e Iñaki Urrutia, que también lo dirige. Éste recrea el sufrimiento de Hernández preso, por medio de cinco cartas dirigidas en distintos momentos a Juan Ramón Jiménez, a Pablo Neruda, a Federico García Lorca, a Juan Guerrero Ruiz y a su esposa; aquél personifica al Hernández poético, recita sus poemas y canta canciones compuestas sobre ellos. De modo más que previsible estos espectáculos abren el camino a otros que tendrán lugar con motivo del centenario[13].

---

[13] Ya en pruebas este trabajo, se ha producido el estreno de *Miguel, canto y vuelo*, el 25 de enero de 2010 en el Teatro Principal de Alicante. El espectáculo, dirigido por José Luis de Damas y con música de Luis de Arquer, tiene como actores protagonistas a Micky Molina y a Alberto Delgado, que representan a los «dos Migueles». Les acompaña la actriz y bailarina Macarena Vargas en el papel de Josefina Manresa. La representación teatral conjuga la música con la poesía de Miguel Hernández y se utiliza el cuento inconcluso del poeta «El gorrión y el prisionero». En la obra, que se desarrolla en dos actos y un epílogo, la blanca sombra de Josefina planea sobre los «dos Migueles»; uno de ellos es amor, generosidad y, al final, resignación (Miguel Canto), mientras que el otro es el luchador infatigable, joven casi niño, soñador, convencido de poder volar (Miguel Vuelo).

Sólo por amor odiado, *Compañero del alma* y *Miguel Hernández prisionero en Rosal* constituyen, como hemos podido ver, tres acercamientos desde la escena al poeta de Orihuela; con distintas perspectivas y valor, coinciden en la unión de su vida y de su obra y destacan, al hacerlo «personaje dramático», la profunda riqueza humana del extraordinario creador que fue Miguel Hernández.